

la vuelta a
SAN FELIPE en
80 PALABRAS

SELECCIÓN:

SAÚL SCHKOLNIK, RICARDO RUIZ, MERCEDES PIMENTEL, MÓNICA MONTECINOS

EDICIÓN:

MACARENA BLANCA

DISEÑO DE CUBIERTA:

RODRIGO AHUMADA

IMAGEN DE CUBIERTA:

LEONARDO VÁSQUEZ

COLABORACIÓN:

DEPTO. DE COMUNICACIONES I.M.S.F.

FRANCO CÁDIZ

“LA VUELTA A SAN FELIPE EN 80 PALABRAS: CUENTOS DE LA 1ª VERSIÓN”

© ILUSTRE MUNICIPALIDAD DE SAN FELIPE

ISBN: 978-956-9632-00-6

PRIMERA EDICIÓN: ABRIL 2015

TIRAJE: 1.000 EJEMPLARES

SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EN ABRIL DE 2015 EN GRAFICA JMJ, VAPARAÍSO

DISTRIBUCIÓN GRATUITA/PROHIBIDA SU VENTA

Es para mí un honor tener que hacer el prólogo de este libro que engloba el talento literario oculto que existe en la comuna de San Felipe y que reúne los mejores 80 cuentos que participaron en la primera versión del concurso “San Felipe en 80 palabras”.

Como sanfelipeño, fue emocionante conocer estas breves historias, estos pequeños pasajes en las vidas de los ciudadanos comunes y corrientes que viven y conviven en nuestra comuna y que se animaron a transformarlos en cuentos breves y a participar con entusiasmo de esta convocatoria.

También es un privilegio poder entregar los cuentos que menciono en este libro, que quedará como vestigio a las futuras generaciones sobre la forma en que veíamos la ciudad y a sus habitantes, a inicios de este siglo XXI.

Debo destacar de los autores la capacidad de síntesis para resumir en pocas palabras una historia construida en base a la vida urbana de San Felipe, plasmando en el género cuento imágenes, personajes, experiencias, recuerdos y cotidianidad que identifican a todos quienes se sienten sanfelipeños.

Con este concurso, se han cumplido objetivos fundamentales de la gestión municipal para fomentar la participación ciudadana en el ámbito literario y cultural y descubrir nuevos talentos locales, que a futuro se puedan potenciar y así aportar a la memoria local.

La Ilustre Municipalidad de San Felipe, resalta esta iniciativa nacida bajo el alero de la Biblioteca Pública Municipal N°126, como espacio para la educación y la cultura, desde la creatividad y la sensibilidad e insta a todos quienes quieran relatar en un cuento breve su visión acerca del San Felipe que les ha visto nacer, crecer y desarrollarse.

Creo firmemente que con esta actividad se contribuye a la labor característica que es construir “La comuna de Todas y de Todos”.

PATRICIO FREIRE CANTO
ALCALDE

San Felipe, otoño de 2015.

Safari urbano

PRIMER LUGAR

Decidido a explorar la exuberante flora y fauna de la plaza, me interné entre su espesura como en una especie de safari. Interactué con variadas tribus urbanas, mercaderes, piratas, nativos extravagantes y también uno que otro chamán que ofreció curar mis males con yerbas. Mi deambular llamó la atención de un sabio anciano que me invitó a tomar asiento en su escaño sagrado; ahí con nostalgia me reveló la leyenda de los extintos leones que habitaron la plaza.

Gerardo Jara

Viaje de regreso a casa

SEGUNDO LUGAR

Me tumbé en la cama de mi casa en la Corvi. Lo primero que miré fue el techo. Siempre estaba ahí esperándome cuando no tenía con quien hablar. Mi mente estaba en blanco. Perfecto. El pasadizo secreto al universo mismo. Mis ojos reflejaban lo que había hecho y mientras el techo me devolvía la mirada lo dije en un leve y bajito susurro: la maté. Mis manos cubiertas de sangre lo confirmaban.

Francisca Urriola

Fuerte y feliz

TERCER LUGAR

Llegué a “pata pelá”, separada, sin ni uno en los bolsillos. Agarradita a mi pollera, mi hija que apenas me conocía. La vida en Santiago era distinta, rápida. Fue un cambio súbito, sin previo aviso: mañana me voy y ahora estoy acá. Trajimos, sí, algunas mascotas para la regalona que lloraba por dejar su conejo y su pollo. Total, en San Felipe hay más espacio. Más espacio para vivir de verdad. Nunca más me voy. Mi hija ya me conoce.

María Angélica Rivera

Caldera

PRIMER LUGAR VOTACIÓN POPULAR

Es hora de la once justo antes de mi cita: “*Chancho burro*” te llamaba mi abuela, “motor de carretela para los más desposeídos”, “amor salvaje” para los más apasionados, “cecina o mortadela de Caldera” para los más pudientes, para mí eres “gourmet”.

La tentación de tu sabor, textura y aroma... son incomparables, patrimonio culinario, histórico y cultural con plena vigencia en cada almacén de mi San Felipe actual. Al comerte fue la última cita con el amor de mi vida.

Gino Ulloa

Las estatuas de San Felipe

SEGUNDO LUGAR VOTACIÓN POPULAR Y PREMIO AL TALENTO INFANTIL

Había una vez, cuatro estatuas ubicadas en cada esquina de la plaza de San Felipe, todas ellas representan las estaciones: otoño, invierno, primavera y verano. Todos en la ciudad dicen que son muy sólidas, pero yo las he visto moverse. Al principio me dio mucho miedo, pero después les quise hablar y dije: ¿Por qué no se mueven cuando están todas las personas? - Porque nos meterían en jaulas y nos dirían que somos de otro planeta y nos maltratarían.

Martin Manzano

El líder del campanario

PREMIO AL TALENTO JOVEN

Con una taza de café entre mis manos y bastantes nevadas en mi cabeza, recordé tiempos en mi viejo Instituto, colegio de caballeros que luchaban por los honores de una sociedad machista. Nula era la posibilidad de sentir miedo, pues ¿cómo defenderías entonces a la bella dama que acompañaría tus días?

Las peleas de gallos, frecuentes en el campanario, demostraban quienes eran los verdaderos líderes...

Un sonido tecnológico me distrajo de aquel recuerdo, que tristemente jamás volvió.

Catalina Muñoz

La verdadera libertad

PREMIO AL TALENTO ADULTO

La Bernarda despertó de repente, abrió la ventana y vio el furgón abajo, la baliza la cegó. A la “Depa” siempre llegaban los pacos, pero esta vez fue distinto. La Berna caminó hasta el comedor y vio al Guille tirado en el suelo, los pacos forzando la puerta y un charco de sangre pegajosa bajo sus pies. A la Berna no le importó y sonrió. Se miró en el espejo y respiró profundo. Tranquila, por primera vez en años.

Elías Lobos

Aconcagua es mi tierra querida

MENCIÓN HONROSA

Dicen que en San Felipe todos se conocen sólo para ponerse de acuerdo en ignorar juntos.

Javier Gallardo

Toro Mazote

MENCIÓN HONROSA

Antes aún de saber que esas mujeres no eran mujeres quería que jugaran fútbol conmigo, con sus tacos y faldas cortas, arrancando de los autos, pidiéndole perdón al vecino. Era un niño, no era mi culpa. Pasaron los años, las mujeres seguían no siendo mujeres, me puse cada vez más malo en el fútbol y los vecinos seguían reclamando por los pelotazos.

Isaac Ríos

El perseguido

MENCIÓN HONROSA

Cuando llegó a la alameda sabía que no podría seguir corriendo, sus piernas estaban comenzando a acalambrarse, casi no podía respirar y escuchaba cada vez más cerca el motor del auto que lo perseguía. Corría cargando una caja con libros. Su única esperanza era que hubiese gente en la “Pacífico” y que eso intimidara a sus perseguidores. No fue así. Cuando lo subieron al auto cayó este libro, que todavía no me atrevo a leer.

Sergio Poblete

Un cuento veloz

-¡La atropelló! ¡Píllenlo! -gritaron- bajé del vehículo, vi boca abajo el cuerpo de una mujer, ¿vive? – ¡La maté!- pensé; hui, -¡Llaman a la policía!- gritaban, asistían a la mujer moribunda; me oculté entre la gente, subí a la artesanía,- ¡está en la artesanía! -oí- cerré los ojos -¡Hey, niño!- pedí perdón -¿Dónde dejaste el carrito?- exclamó un hombre -Si quieres otra vuelta, serán mil pesos más- ¿Soy un niño? ¡Soy un niño! -grité- y me desvanecí raudo de alegría.

Cristian Rodríguez

Corina, Corina

Caminaba por Yungay con el peso de su sombra tenue acarreada entre los árboles llenos de enredaderas. Tenía frío, la cordillera estaba nevada, la neblina inundaba los cerros. Cuando llegó frente al Liceo se sentó en una banca a esperar. Un perro le imploraba la comida que no tenía. Ella salió con olor a lápiz grafito y los labios enrojecidos por el tinte del “Koyak” que relucía con gusto. Un beso dulcísimo le quitó el frío. Por fin.

Natalie Israyy

El corredor ilegal

Desde que vi “Forrest Gump” no paro de correr, avanzo sin descanso del trabajo a la UPLA, luego a mi casa, después a mi otro trabajo; a veces corro sólo por placer, sin detenerme, doblo por calles desconocidas, lejanas a mis problemas. El otro día un carabinero me recomendó que fuera a sacar licencia para corredor urbano, que actualizara la revisión técnica de mis zapatillas y cuidara el exceso de velocidad.

Luis Arancibia

Infinito susurro

Era tarde y llovía en San Felipe; estaba oscuro, pero no más oscuro que su mente y se podía sentir el frío por debajo de los zapatos mientras caminaba, pero no más frío que su corazón. Caminó sin rumbo por las alamedas, escuchando el susurrar del viento con las hojas. Ella también quería susurrarle a las hojas. Llegó al puente El Rey, se subió a la baranda; abrió los brazos, le susurró al viento y comenzó a volar.

Mariela Olguín

Paseo de madrugada

¿Pueden imaginarme caminado descalzo por la calle? Claro, algunos dirían “estás loco”, pero estamos hechos de locura, carne, hueso y otras cosas, pero siempre locura. Así fue como empecé mi paseo a las 2 AM. Ya casi no hay vida cuerda en esta ciudad, es como ir de Maipú a O’Higgins arrastrándose. A esa hora las alamedas son húmedas y olorosas, como cuando vuelves a San Felipe un día nublado. El primer olor que sientes. Casi en casa.

Gabriela Rosas

Ya no es como antes

Ya no le gusta San Felipe. Se llenó de “hipsters”, como les dice su nieta. Tipos ociosos, desempleados, que se pasan los días, supuestamente rescatando la identidad local. Escriben, fotografían, entrevistan. Se la pasan metidos en el palacio de la Hacienda, hablando con el vecino de la esquina. Todo lo encuentran pintoresco. Pero él, no es ni folclórico, ni pintoresco y no le gusta que le anden rescatando ná. Aquí el único que cuenta historias, es él.

Camila Arancibia

Alma de Pueblo

En calles oscuras y secas transita la vida en San Felipe, albergando semillas que sueñan con capitales, jóvenes de ojos grises y mentes de arcoíris, aves que alzan el vuelo en alamedas, plazas y callejones.

Bajo ese manto de aparente calma hierven deseos de liberación, de un futuro mejor. Salen los demonios por las noches y rellenan el vacío en los corazones, se desprenden las almas entre humo, hierba y rocío.

Vicente Castillo

Donde vive mi familia

Mi abuela Lety vive en el Esfuerzo, mi tía Rosa en La Escuadra, mi tía Juana en El Señorial, mi primo Carlos en La Santita, mi prima Marlén en la Santa Brígida, mi tío Omar en Las Acacias, mi mamá en la Luis Gajardo, mi polola en La Esperanza, la Cintia con el Gilberto, en la Bernardo Cruz; mi tía Jessica vive en Barcelona, pero se muere por volver a San Felipe... ¡Ah! Yo, vivo en El Canelo.

Erwin Toledo

Enólogo por afición

No son más que largas alamedas, llenas de recuerdos y vivencias, no es más que un frío pueblo, pero acoge de todas maneras. Bajo árboles y niebla, entre perros y botellas, viviendo de limosnas pasajeras, se encuentra ahí el enólogo por afición. Desahuciado y agotado, intentando curar las penas: “¿qué fue lo que te sucedió?”, me pregunto cada vez al pasarte la moneda. Es posible, me respondas: “¡Fue el amor, sólo el amor!”.

Marianela Castillo

Regimiento

Caminamos sin rumbo por la alameda. Había llovido y todo resplandecía. Fuimos hasta el Buen Pastor, nos sentamos un rato en el obelisco y luego al regimiento. Estaba todo en ruinas. Todas las construcciones sin techo. Árboles retorcidos, fogatas en el segundo piso, colchones abandonados; la cordillera blanca de fondo. Dos jóvenes conscriptos, nos contaron que iban a botar esas murallas para construir una megatienda. Todo ahí decía adiós. Después de despedirnos, salimos por una pandereta hacia la calle embarrada.

Ítalo Contador

Añoranzas

Teníamos doce años cuando podíamos correr por las cuatro alamedas en pleno verano, viendo los caballos en los bebederos de Yungay, Maipú y Chacabuco. Jugábamos sin miedo a los automóviles, a los buses, a la gente; después de correr y correr nos bañábamos en los canales y de ahí a trabajar: ¿En qué? peloteando sandías y melones de las ramadas que se colocaban en alguna alameda y ¿cuál era nuestro pago? un par de sandías y después a seguir jugando.

Juan Carlos Parada

Último Amigo

Camino por el desolado y pedregoso regimiento. Analizo, *hace tantos años que fui joven*. Recuerdo, me perdí con botellas y colillas cuando manejaba por la Villa El Carmen. Vagué junto a una pueril dama en busca de estupefacientes, escondiéndome en la Cívica. Un asalto siempre lo refugiaba en Departamentos Encón; el Portaliano parece no reconocerme. ¿Quién lo haría? Miro mis manos callosas, desgastadas de tanto usarlas de almohada. Regimiento Yungay, solitario amigo.

Gervasio Peuker

Mancillada primavera

Dicen que los años no pasan en vano y es cierto; doy fe de ello conmigo misma. En los primeros años de vida en San Felipe, yo vestía de esmaltadas prendas de diáfana blancura. Hoy las huellas del tiempo han dejado crueles marcas en mí, pero más que los años, las huellas de nocivas manos que me dañaron no sólo el cuerpo, sino que también mi alma pétrea. Esos llamados “grafitis” mancillaron mi pudor de estatua primavera.

Luis Caballero

La calle

La calle Prat está llena de gente, todos buscan asilo de esta inesperada lluvia, nadie creería que sólo hace minutos atrás, soplaba un atractivo viento tibio. Me detuve un momento a observar cómo cada sanfelipeño vive su versión del día: unos corrían a sus autos, otros más despreocupados se ocupaban de terminar sus compras, pero más me llamó la atención, aquel pequeño que entrecerraba los ojos disfrutando las gotas de lluvias en sus mejillas.

Mitsuko Novoa

Ni ahí

Sabía que te encontraría en esa acordada esquina, esperando por mí. Iríamos donde "La Tía", a comprar unas papas de quinientos y después probablemente querrías comprarme algún dulce, molesto, porque la boca sabe a salado. Caminaríamos sin importar el rumbo que nuestros pasos estuvieran tomando y luego nos despediríamos con un beso que eventualmente sólo debiera darse en privado, pero supongo que no tenía ganas para eso y por eso doblé una calle antes.

Paloma Herrera

Luces de Parrasía

Con el terremoto "se corren los entierros", decían nuestros abuelos; se aprovechaban de esto para meternos miedo con el diablo y penaduras. Entre las separaciones de las murallas podíamos ver las lucecitas de un lugar a otro y sentíamos aullar los perros. Nos tapábamos las cabezas con mis hermanos, en el invierno de 1965. Apenas eran las siete de la tarde. Ya adulto, sonrío al saber que las luces de la Parrasía eran luciérnagas que existían en la vega.

Ramón Astudillo

Arriba del bus

Estudio fuera y los fines de semana viajo de vuelta. Extrañamente el bolso es más liviano al llegar que al partir. El otro día en el Terminal, cuando cargué la mochila y pesaba más que los libros, me di cuenta, entré en razón: eran cariños de mis abuelos, optimismo de mis tíos, expectativas de papá, besos y abrazos de mamá. Siempre compro asiento de ventana. Ventana, silencio y mejillas con lágrimas en la despedida, arriba del bus.

Gonzalo del Canto

La alarma

Ismael no podía dormir con el sonido de la alarma de su vecino viajero. El sistema de seguridad se activaba, sin control durante el día o la noche.

La administración del edificio se excusaba sin resultados.

El joven trepó a la ventana para desconectar la alarma. Ismael hizo presión sobre el vidrio durante varios minutos. Desde las alturas distinguió a una patrulla. Cuando explicó el asunto de la alarma ésta había cesado. Impotente fue esposado, mientras reinaba un absoluto silencio.

Elena Araya

Un crimen incidental

En el colegio todas moríamos por el Óscar, soñábamos con que nos mirara, besara o en el mejor de los casos nos llevara por una tarde a la alameda. Se llevó a la Paula, a la Feña, a la Lili, se las llevó a todas. Sólo faltaba yo. Luego de hablar por un par de minutos me dio un agarrón, eso me enfureció. Le clavé una patada entre las piernas y lo vi alejarse flotando por el cauce.

Luis Arancibia

Esperando la entrada

Cuatro A.M. me parece escuchar al jefe “todos los pobres son flojos” salto de la cama. De aquí a San Felipe son siete kilómetros aproximadamente, pedaleo con más fuerza cada vez, veo las luces a la distancia y doy mi último aliento, llego al puente Encón, ya no queda nada, estiro mi cuerpo hacia atrás y sigo pedaleando, doblo en la esquina colorada, me apodero de la vereda en el peldaño de la entrada y aún no amanece.

Nancy Ibaceta

Evolución

Nos conocimos en la fiesta del agua, nuestros encuentros avanzaron hacia la fiesta del fuego, nos estabilizó la vida en la fiesta de la tierra y ahora ya en invierno, hemos progresado hasta la fiesta del hielo.

Jaime Soto

¡Qué cosas!

Debo hacer un trámite en la Gobernación. Uso el ascensor y en el piso dos, sube un tipo. Roto es, me mira como nada y sonrío, pasado a meteorismo. Baja en el piso cuatro... ¡Uf!...queda poco, sigo sola al piso seis. En el cinco, el ascensor se detuvo: gente “pirula” al parecer, dos extranjeros. Me miran y fruncen el ceño...y al unísono dicen: What is it? Yo también arrugo mi ceño. ¿Cómo lo explico?

Daniela Santana

Cabello blanco y piel cansada

Clara, mira orgullosa a sus nietos, revoloteando por entre los columpios. Con pesar, recuerda a su viejito, con el que pasó su extensa juventud, con él crio a sus tres hermosos hijos, que crecieron en un abrir y cerrar de ojos. Se mira las manos, que aunque se ven cansadas, están ansiosas por seguir entregando amor y caricias a sus dulces niños que la miran con una eterna sonrisa de cariño y agradecimiento. Qué lindo es ser llamada abuelita.

Constanza Medel

La metida de pata

Cuando me bajé de la micro, me pasó algo muy chistoso. Llovía. Soy Andrés, 18 años, estudio para profesor de educación física en la Universidad de Aconcagua. Iba con mi padre por el centro y las canaletas botaban y botaban agua. Cuando pasaba por el “Montserrat”, una pisa salté y caí para goce de mucha gente. Me avergoncé, fue un día diferente.

Cristofer Donoso

Último paseo

Estábamos los dos juntos paseando de la mano por la hermosa alameda de la Av. B. O'Higgins. Era un día hermoso, sin embargo jamás pensé que ese sería nuestro último paseo.

Ya era tarde y tenía que volver a casa, crucé una calle, pero de la nada apareció una luz brillante que me impactó; desperté a los segundos después, no sentía las piernas, no sentía casi nada, solo sentía una gota correr por mi cara, era sangre.

Kiara Rodríguez

Enamorados desde el primer día

Cuentan los que nos vieron, que desde el primer día que llegaste al Liceo, ya sabían que tú y yo estábamos destinados a estar juntos, dicen que nuestras miradas se unieron inmediatamente, que las palabras incorrectas que salían de nuestras bocas eran falsas y que tapaban los celos que llevábamos dentro; y que en las buenas y en las malas siempre estabas conmigo. Ellos lo supieron antes que nosotros, siendo que tú y yo éramos los protagonistas de esta historia.

Belén Valdivia

Tú

Sus ojos verdes (¡Por Dios, qué bellos eran!), me miraban fijamente. No había nada mejor que estar con él. Tomó mi mano y juntos caminamos por la placita del Mixto.

-Te quiero. –Dijo él. Sonreí.

Fue lo más lindo que había escuchado y supe, que después de esto, nada se le igualaría, nada se le compararía y que todo iría bien. Todo estaba bien. Me quería y yo a él. ¿Qué podía salir mal?

Francisca Urriola

Paranoia

Mi cabeza se hallaba entre las manos de ese amigo íntimo que acariciaba mi cabello, para tranquilizar mis pensamientos. Sentados en la escalinata boca arriba las respuestas se iban, las paredes cerúleas del liceo absorbían el cristalino color de mis ojos.

Suena el timbre, mi camarada inmóvil admira el descenso de nuestros compañeros despavoridos saliendo del salón. De pronto un grito. Profesora recluida en el aula científica.

Su mano aún tocaba mi pelo, nos quedamos allí, sin entrelazar miradas, expectantes.

Camila Hernández

La fotografía

El proyecto se oía fácil, pero ahora me estaba complicando, pues debía inmortalizar lo más representativo de la ciudad. Perdí muchas horas caminando ¿Qué era lo que necesitaba? ¿Iglesias, el olvidado palacio, alamedas? Recorría las calles con la mirada fija en mi cámara.

Un repentino choque con una joven hizo que me diera cuenta de quienes tenía frente a mí: lo más representativo de San Felipe, sus habitantes. Esa tarde me dediqué a fotografiar al pueblo, disfrutando de la bella ciudad.

Vicente Díaz

El que subió la cordillera

Un hombre soñaba con subir la cordillera que estaba en San Felipe, era pobre, y no podía comprar los implementos. Una noche mientras dormía oyó una voz que le dijo: "que el dinero no te detenga".

Despertó, salió de abajo del puente donde dormía y mirando la cordillera dijo en voz alta: ¡La subiré!

Empezó sin dudar su aventura y después de horas casi deshidratado, continuó y sobrevivió gracias a la perseverancia, cumpliendo así el gran sueño.

Alejandro Arancibia (Infantil)

La Plaza de Armas

Salí dando un portazo enojada y triste. Caminando llegué a la plaza, me senté, esperando no sé qué. Estaba ida, volví a mi niñez: domingos de bandas, concursos radiales, la matiné en el cine Aconcagua y de vuelta, ella, esperándonos frente al café París, con helados y dulces de los que vendía. Miro frente a la Catedral esperando verlo a él, donde solía esperar por trabajo; sacudo la cabeza e intento divisarles. Sé que están allí...Vuelvo a casa feliz.

Rosa Astudillo

En bicicleta

La uso a veces y de preferencia cuando nacen las flores o el sol parece secar y avivar los huesos, es ese calor único de mis raíces.

En un principio parezco no notarlo, sin embargo mientras inspiro y observo, todo renace: las parras crecen, se huelen los eucaliptos. Cuando llego a la cima no hago más que disfrutar del paisaje único que me regala el Almendral, desde ahí me lanzo, estiro mis brazos, huelo, escucho, siento una vez más.

Katherine Sáez

Al sur de la línea del tren

Allá al sur de la línea, para el lado del río, no bailan las gotas sobre el pavimento. La tierra sedienta, se traga la lluvia y cuando se harta, vomita el charco, donde juega el niño. Sus juguetes son el frío, el miedo, la inseguridad y no le vencen, porque son sus juguetes. El río trae esperanzas y se lleva miserias. Algún día, jugará con la esperanza y olvidará las miserias.

Roberto Carrandi

En la calle Sargento Aldea

En San Felipe hay una casa muy antigua, está en la calle Sargento Aldea y se dice que en esta se sienten espíritus, que aparecen duendes. El Alcalde opina que esa casa no se puede demoler, porque es la más antigua de San Felipe y que hace cien años está en pie. Otros dicen que hasta el día de hoy en luna llena, ronda el alma de un hombre en busca de su esposa e hijos.

Araniky Vicencio (Infantil)

La terraza

Érase un lugar donde había una terraza blanca como la nieve, con baldosas pintadas a mano y que brillaban como el sol, donde mi infancia se quedó incrustada de porrazos gustosos que me daba al jugar, correr, saltar y atravesar los pilares que la rodeaban, bajo la sombra inmensa de los castaños que miraban enmudecidos y abrazaban con amor.

Patricia Amar

Los caminos que ocultaban a las almas errantes

Mientras caminaba rodeada del frío en el crudo invierno, por el antiguo Almendral, donde reinaba la soledad cercana a la ciudad, allí donde dormían eternamente las almas; en un atardecer cualquiera, la niña inocente que os cuenta esto, se alejó de su madre y se perdió entre oscuros y terroríficos parajes, regresando de la mano de un hombre de oscuro vestir quien la guió hasta su protectora, no pudiéndole agradecer, pues ya había partido hacía mucho.

María Eugenia Quezada

Azul

Hace un tiempo atrás ella deseaba con muchas ansias tener un gatito. Buscó en Internet, en avisos de la radio y no encontró, sintiéndose triste, porque necesitaba un amigo que la protegiera por las noches de insomnio. Un domingo fue a la feria de San Felipe, donde transita mucha gente con caras graciosas, cuando de pronto escucha ¡miau! y ahí estaba él con sus hermosos ojos.

Gabriela Núñez

Mefistófeles

Me contó mi abuelo que en la Hacienda de Quilpué cuando ladraban los perros todos se refugiaban en sus casas.

Un día mientras jugaba a las bolitas con sus amigos, escucharon a los perros y arrancaron olvidando sus cristales, pero como él no quería perderlos, se armó de valor y fue a buscarlos encontrándose con don Carmelo disfrazado de diablo.

Al ser descubierto, pidió a mi abuelo que no le contara a “naiden”.

Alejandro Silva

El gran viaje a San Felipe

Scarlett, es una niña que vivía en Santiago y deseaba conocer San Felipe, porque le habían contado cosas maravillosas de ese lugar. Ella, pidió a su madre que la llevara y fueron en vacaciones de invierno. De regreso a Santiago, Scarlett muy contenta dijo a su madre: “Fue la mejor aventura.”

Emilia Quiroga (Infantil)

Domingo

Me había levantado temprano. Siempre lo hacía cuando jugaba San Felipe.

Era un ritual: la radio, la bandera, el chaleco amarrado a la cintura. De la mano de mi viejo por la vereda de la Industrial, el Uní Uní que se oía de lejos; la sonrisa en el rostro de los anónimos conocidos caminando en nuestra misma dirección.

Penal en contra. Las lágrimas en mis ojos, la mirada perdida de mi padre. Mi vieja esperándonos, el olor a pan tostado.

Elías Lobos

¡Oh! El tren

Estaba en la vereda barriendo las hojas secas como todos los días de otoño, cuando en eso siento el sonido inequívoco del tren que ya asomaba; me detuve en mi doméstico quehacer para oír mejor el sonido y grabarlo en mi mente, pues de alguna forma y por esas condiciones que mi abuela un par de veces me dijo que yo era medio bruja, adivinaba que debía guardar ese hermoso sonido ferrocarrilero que ya no escucharía más.

Alicia Nicloux

La familia

En las alamedas te daban media sandía y una cuchara, en las calles principales chapoteabas entre las moreras.

Los nietos condescendientes miran a la abuela imaginándola con el alto y flaco del abuelo, subiendo al bus carril donde revisaba los pasajes el legendario “Cachibastón”. Iban a Putaendo a pololear. Al regreso, un helado “Olguín”.

¡Qué manera de formar una familia! La abuela se enamoró del abuelo y de San Felipe, pero del antiguo: el de las sandías y las moreras.

Nila Briceño

La ciudad desde otros ojos

Es un día más de recorrido por las calles de mi ciudad. La gente pasa por mi lado, percibo una extraña alegría que la llegada de la primavera parece brindarles. Mis orejas sienten el fresco viento que me lleva a la alameda con sus colores tan vivos y que en esta época suelen estallar. El aroma de la flores me envuelve, veo que varios árboles, necesitan urgente apoyo, me acerco al más vulnerable, levanto mi patita y ¡guau!, misión cumplida.

Vicente Díaz

Viaje en micro

La maquinaria comenzó a moverse, una trayectoria extensa aguardaba. Fijé mi atención en él, un ser longevo ubicado a mi costado. Perspicazmente palabras brotaron de su boca, situación que dio para una charla, burló mi ensimismado ánimo con su discurso, todos allí nos miraban con imprudencia. Se acercaba mi bajada y tal plática no tenía cierre, sólo un intercambio de nombres y el gusto de ambos. Frente a la alameda Chacabuco yacía yo perpleja, con una mirada compleja y disímil.

Camila Hernández

Ciclista

Esboza una leve sonrisa, siente libertad en su rostro, al subirse a esas dos ruedas y apoderarse de la ciudad y sus calles. Era extraño pasar por lugares y no recordarlos, su mente iba a mil por hora, tratando de no salir del itinerario, de su recorrido. En la alameda O'Higgins, divisa un perro callejero, es inminente su paso junto a él. Se abalanza a su pierna derecha, logrando su cometido, llevar el zapato como un trofeo en el hocico.

Nancy Ibaceta

El huérfano y la plaza de San Felipe

Un huérfano que vivía bajo el puente El Rey, se sentía muy triste, pues se acercaba la época navideña y su único sueño era ver la plaza de San Felipe con sus luces y adornos, sin embargo temía a las personas, porque pensaba que le podían hacer daño.

El alcalde de la ciudad se encontró con él y le preguntó ¿qué quería de regalo para Navidad?: - Conocer la plaza - dijo el niño y su sueño se cumplió.

Paolo Céspedes (Infantil)

Un rayo de sol

Mientras doy de comer a las palomas frente de la Catedral y admiro el paisaje tan hermoso, un rayo de sol entibia el invierno que surca mis pensamientos. No puedo hacer más que eso: admirar el bello lugar y a mis compañeros.

Soy una usuaria más del Hospital de Día que disfruta la calma de San Felipe, contraria a las ajetreadas y grandes ciudades. Sigo pendiente de las palomas. Ellas reposan de una tranquilidad que a veces pienso, es inmerecida.

María Navarrete

Por la chicha

Después de muchos años regresé a San Felipe, un día 3 de agosto. De noche salí a la plaza, en una de esas me encontraba con un amigo “de los buenos tiempos” pensé. Di mil vueltas y ningún rostro conocido. La gente giraba y giraba alrededor de los stands, todos contentos y relajados. El frío se intensificó, y como ya no venden chicha, decidí regresar a casa. En el camino pensaba, cómo he cambiado, cómo.

Nelson Álvarez

Los secretos del Palacio

Yo no quería ir, odiaba la Hacienda de Quilpué. La rodeaban tenebrosos árboles, y pasto seco que parecía estar maldita; si apenas vienes te recibe un perro rabioso que intenta morder tus pies, como si quisiera detenerte.

Entré y el frío llegaba a los huesos y las súplicas al corazón. No había gente pero los podías escuchar, sentir sus manos.

Hasta que alguien tomó mi mano y me llevó. Sé que no debí haber entrado aquí.

Mariela Olguín

Magdalena

Magdalena tiene cuatro años, la cara redonda y la imaginación vivaz. Ella no lo sabe, pero cuando sea grande se enamorará de un niño que vive en La Troya. Le gusta mirar las libélulas posarse en el estero, ir al centro de la ciudad, a correr y jugar por las alamedas, entrar a la iglesia con la abuela, a rezar un poquito. Magdalena no sabe, pero un día corriendo por la plaza de San Felipe, chocó con su futuro amor.

Natalie Israyy

El Koky

Mi perro es un mestizo, tiene pulgas y se arranca cuando lo quiero bañar y regresa cuando es la hora de comida. Koky es mi mejor compañero, porque me acompaña todos los sábados a entrenar fútbol; el problema es que también entra a la cancha y mi entrenador se enoja y grita: ¡¿De quién es ese perro?!

A mí, me da lo mismo.

Benjamín Silva (Infantil)

Vías y paletas al viento

Una fría tarde de otoño me puse a caminar por la alameda llena de hojas caídas y secas. Luego me acerqué a la antigua estación, a pensar en aquellos que llegaron en busca de un sueño y aquellos que partieron dejando historias inconclusas, por esas estrechas vías con pañoletas al viento. Después me acerqué al odeón a escuchar la banda del Regimiento y me recordé de ese kiosco donde uno se encaramaba a comprar una paleta de caramelos.

Alex Caldera

Amor de afuerino

Corre 1967, llegamos con mi familia a la estación de trenes de San Felipe, viajando desde el Norte Grande, producto de la diáspora del salitre.

Desde hace rato el paraje difiere. Tantos verdes en degradé, mis ojos no asimilan. Ya instalados, ¡qué fácil es acostumbrarse! Tomates dulces, lechugas crujientes, pan amasado y abundantes frutas. Las cuatro estaciones como en ningún lugar: verano, sol y trabajo; otoño, carmín y amarillos de hojas caídas; invierno, blancura de cordilleras; primavera, colores y aromas.

Yeslainer Hurtado

La paloma solitaria

En una hermosa plaza viven muchas palomas: flacas, gordas, ciegas, sin dedos con un solo pie, etc. Pero siempre hay una paloma que vuela sola llamada Salomé. Ella es blanca y pequeña. Su padre y su madre murieron atropellados cuando tenía sólo un día de salida del huevo, mientras buscaban comida para alimentarla. Ella se cuidó, se alimentó sola el resto de su vida, hasta que murió y se juntó con sus padres en el Cielo.

Valentina Astorga (Infantil)

Mis Zapatos Nuevos

Fascinada con mis zapatos nuevos con plataforma, crucé con donaire la esquina entre Prat y Salinas hasta la plaza de armas, cuando siento el silbido piropero de los viejitos sentados. Me volteé toda coqueta a ver quién era el atrevido y ¡cuán grande fue mi vergüenza! Festejaban y comentaban entre risas el hermosamiento de las bellas estatuas de la plaza. En lugar de entristecerme me paré orgullosa junta a ella y pedí me tomaran una foto. ¡Llovieron los piropos!

María Angélica Rivera

Entre chichas y mistelas

Pedaleaba hasta la Chichería Martel y luego se pasaba hasta la Viña Almendral. Le encantaba hacer comparaciones frente a los dueños hasta que les tiritara el mismo ojo. Siempre le regalaban una copita de más, para convencerlo de que ellos sí eran los mejores. A veces, la María lo llamaba a la cocina, allí se dejaba amasar a escondidas, para que de verdad se fuera contento. Al otro lado, lo esperaba Rosita, siempre tan candorosa bajo su delantal. Imposible escoger.

Camila Arancibia

Historia

Juan, ¿sabes por qué se llama “esquina colorada” en Chacabuco con Maipú? Sí poh, por la Batalla de Chacabuco, el año 1817. El Ejército Libertador que pasó por Los Patos, Putaendo, encontró a los realistas acampando en la alameda, atacaron por sorpresa y por el Puente El Rey huyeron vencidos a Santiago. Muchos patriotas perdieron la vida y por la sangre derramada se denominó, “esquina colorada”.

¡Eres chamullento!, en ese lugar, antiguamente había casas coloradas. ¡Ah!, no sabía.

Erwin Toledo

La Plaza

La plaza estaba llena de gente y en la esquina regalaban perros abandonados; más acá venía una pareja adolescente, con un helado Olguín compartido; un grupo de amigos juntaba las monedas, para comprar un “pitcher” en la shopería; el mundo estaba en menos de cien metros a la redonda y parecía no necesitar más espacio.

Isaac Ríos

Cuando caminaba

Caminábamos como si no tuviésemos rumbo, pero lo teníamos, él uno, yo otro, nunca el mismo. No es tan fácil de contar, la verdad es complicada, conocimos parte de la ciudad mientras deseábamos conocernos más, pero así nos fuimos quedando solos, yo, con mi alameda, él, con la suya; ninguno fue del otro, sólo fuimos de la ciudad que nos vio pasar. Quién diría que caminar por San Felipe, da tanto para pensar.

Gabriela Rosas

Vulnerable

Enciende un Pall Mall mientras a lo lejos reconoce una vieja canción de Soda Stereo. El Puente El Rey despidе un aroma pestilente. ¿Cuántos suicidios habrán pasado por acá? Tengo una decisión determinante, piensa. Aburrido de los lujuriosos trasnoches, la vacuidad de los momentos y la displicente forma de ser de los demás hacia él, elige y toma rápidamente un colectivo para bajarse en Chacabuco. Su peluca se destiñe, su vida también; el escote parece sólo traslucir su cerebro.

Gervasio Peuker

De regreso

Diviso de lejos la micro y alzo el brazo. Ha terminado la jornada laboral. La atmósfera del viaje se apodera de mí instantáneamente, rostros cotidianos me rodean. Miro por la ventana, mi cara se mezcla con el paisaje oscuro y la luz tenue del pasillo. Escuchamos a Raphael en la radio. El trato del chofer indica que es su último recorrido y le digo: “en el paradero”.
Desciendo, a distancia un perro aúlla y el olor a ñipa me recibe.

Nancy Ibaceta

Parrasía

Y después de no sé cuántos años, ir caminando por Prat hacia abajo, con los audífonos puestos y darse cuenta que todas estas canciones significaban otras cosas. Cosas que, por pendejo, desperdiciaste -o por miedo- y el tiempo se encargó de bloquearlas. Y ahí quedaste, con las manos vacías y con la cabeza llena de recuerdos y de promesas que se perdieron en el tiempo como lágrimas en la lluvia. A lo lejos, tras la niebla, veo los edificios.

Elías Lobos

Liceano

El profesor está nervioso, es su primer día. Su rostro aún presenta rasgos de liceano promedio, pero no importa, él está allí para enseñar, se pone su mejor pinta cauteloso de dejar en evidencia su polera de Slayer; se acerca al colegio y para su sorpresa, los cinco años, los cafés, las aspirinas, los pitos con los amigos, los querer cambiar el mundo, se fueron a la mierda. El colegio estaba en toma y todos sus alumnos administradores de Wikipedia.

Javier Gallardo

Sentirse locales

No vimos a Graffigna, ni a Bracamonte, ni al Cocoa. Habíamos nacido diez años después, pero creíamos haberlos visto porque crecimos escuchando sus historias. Teníamos tal conocimiento de sus hazañas que corregíamos a quienes confundían algún detalle. Incluso en las conversaciones heredábamos el papel de los que ya no estaban más. *Esa vez lo estaban viendo de la selección*, me tocaba decir en el relato de un autogol. Eso era sentirse locales en el estadio que estaba en Maipú.

Mauricio Vargas

El abuelo y su abuelo

Antes solía llevarle el almuerzo a mi abuelo en una vianda, el viejo verde vivía en la plaza observando desde su banca a las jovencitas y abuelitas. Mi abuela ignorando sus fechorías le mandaba exquisitas comidas. Ahora disfruto ver a la gente pasar desde la misma banca paralela a Salinas que ocupaba él. Mi bisnieta me trae el almuerzo en un envase de plumavit; no miro mujeres, espero reunirme finalmente con mi viejito.

Luis Arancibia

Besos color otoño

Gabriel golpeaba nervioso la suela de su zapatilla contra el pasto de la alameda, mientras Natalia miraba incómoda el piso. Él no sabía cómo realizar la complicada pregunta. Tras una ventolera y una escasa caída de hojas anaranjadas, Gabriel tomó la mano de Taly, como solía llamarla, y sacó un anillo dorado con detalles turquesa, ella asintió con lágrimas en los ojos, prosiguiendo con un delicado beso que sellaba aquella propuesta de amor juvenil.

Constanza Medel

Sólo importa el presente

Arregló su bolso, hoy tenía Gala en el Teatro Municipal de San Felipe. Era lo que le hacía feliz. Corrió hasta llegar a la plaza, se detuvo a respirar y continuó su camino. Llegó al teatro, todo era un caos, pero un caos hermoso; había maquillaje por los suelos y ropa por todos lados. Todo el mundo hablaba, el show iba a comenzar. Entró al escenario, el telón se abrió, la luz brilló y con eso su corazón se llenó.

Mariela Olguín

Bochorno

Conocí en el ciberespacio a una francesa, amante de los poetas chilenos; eso provocó profundas y variadas conversaciones. Le hablé largamente de mi ciudad, lo hice con tanta pasión y precisión que mi amiga decidió venir. “Creo conocer cada esquina, cada rincón, de esa bella urbe. Viajo”.

El terminal fue testigo de mi desazón, cuando ella, luego de saludarnos, me dijo: “tomamos un vinito en “El Artesano” y vamos a conocer esa réplica de Versalles.

Nelson Álvarez

Espejismo

Sol abrasador; corriendo hacia el pilón de la plaza. En el suelo descubro un billete de cinco lucas. Necesitaba esa Gabriela sonriendo desde el nicho helado donde los hombres la pusieron. Le instalé la pata escudriñando si observaban. Proseguí el rescate asegurando el tesoro. Nada mejor para celebrar que una chela: la disfruté, no recordaba su sabor, parecía día completo.

Al cancelar, la cajera rechazó el dinero por falso, asocié la risa lejana al momento de la recogida.

Jaime Soto

El carretero

BONUS TRACK EN 150 PALABRAS

Corría agosto del año 1740 y se sentían los primeros aires de la primavera que traía consigo las delicias de la tierra. Venía el carretero silbando con su perro al lado, llevaba las hortalizas que comería don José Manso de Velasco. Mientras rechinaban los ejes de la carreta, el ilustrísimo fundador en su casa lustraba su noble cuerpo, ya que gustaba de darse buenos baños. El carretero, por la calle frente a la casa del honorable, miró hacia el balcón del hogar, con tal infortunio, que en el momento en que dirigió la vista hacia arriba, De Velasco, ventanas abiertas, sacudía su cuerpo desnudo entre enormes toallas blancas. “Hey choco, perro güeno, no mirís pa’rría que mi señor zarandea sus desdichas” susurró mientras reía, con esa risa de hombre bueno, risa sin dientes que aun casi tres siglos después, los carreteros siguen manteniendo al recoger de sus huertas los tomates.

Natalie Israyy